

IMAGINARIO Y PEDAGOGÍA

Por: *Johannio Marulanda*

Magister en Filosofía y Ciencias Políticas y en Pedagogía. Doctorado en Ingeniería Civil de la Universidad Patricio Lumumba, Moscú, Rusia. Profesor de la Universidad del Valle.

El racionalismo hace esfuerzos desacralizadores para ofrecernos un mundo construido sobre fundamentos formales y lógicos. Esta loable intención de la razón instrumental, ligada al individualismo posesivo, es una característica visible de nuestro estilo de vida, abatido por interrogantes descomunales acerca del sentido de la vida y la civilización. Este horizonte determina la educación que nos rige. Hacemos esfuerzos para que las aulas estén ligadas a la razón, a la vida, por la senda creativa de la acción, orientadas por buenos argumentos y justas intenciones, pero no sucede así.

Ese no sería un problema si se tratara de la creación de condiciones para el cultivo de una racionalidad kantiana: pensar por sí mismos y con buenos fundamentos. Es que además de la razón nos asiste una sinrazón de la cual no es posible ni deseable desprenderse y que constituye la mayor parte de nuestra vida psíquica, emocional y social e incluso intelectual, comenzando porque tenemos una fe ciega en la razón.



Foto: *Gustavo Munoz*

Somos seres movidos por sinrazones, para quienes el intelecto es esclavo de las pasiones. En un mundo de lógica extraña, donde los valores y las preferencias, las motivaciones y los actos no persiguen el bien común, en el que los fundamentos se desmoronan ante la perplejidad del humano sencillo, aparecen los rostros temibles y las máscaras de una sinrazón que han colocado a su servicio los más extraordinarios logros de la razón: la ciencia y la técnica. Somos testigos de una exquisita racionalidad en los fines y de una desmesurada irracionalidad en los medios.

Pues bien, el imaginario es del ámbito de la sinrazón, corresponsable de nuestras dichas y pesares. El imaginario no es un reservorio de imágenes de donde el niño, el poeta y el artista extraen formas caprichosas y graciosas o temibles. Tampoco es un logro tardío de la mente, ni mucho menos una desviación de la razón y sus cánones, no es una patología extraña que espanta las buenas ideas y nubla con seres extravagantes y pensamientos locos la mente sana.

El imaginario y las funciones racionales del espíritu son coetáneos, gemelos que crecieron apoyándose mutuamente; somos ambivalentes y procuramos actuar como unidad, aunque aparente, en una especie de esquizofrenia natural. Los dos están ligados a las urgencias de una especie que luchó por la vida, logró permanecer y conquistar la tierra, apoyada en dos grandes hallazgos complementarios: un imaginario de raíces arcaicas en el sensorio y una racionalidad tardía, nacida de la necesidad de conservar la integridad física y la identidad psíquica. La razón y la fantasía construyen lo real sobre la base del legado arcaico de un ser bipedestal, regido por la gravedad y la luz, por la percepción a distancia y la capacidad manipuladora que inexorablemente constata la inminencia del tiempo y la muerte. El imaginario y su función fabuladora equilibran las conclusiones racionales sobre la temporalidad y reaccionan frente a un poder que disuelve la vida. El imaginario suaviza la muerte como el tímido y locuaz Principito, o la vence como San Jorge al dragón, o la reduce a un evento trivial e intrascendente de la mitología hindú, para aceptar la cruda constatación racional de su inminencia.

La escuela se propone desacralizar y olvida que es imposible, pero también es necesario aceptar la integralidad de la razón y el imaginario en el drama, que razón y símbolo no son héroes oponentes en ninguna lid cósmica sino que conforman la estructura del mundo interior de los humanos en todos los tiempos, y que esa singularidad existencial nos unifica como especie. La imaginación sería una fuerza vital que pugna contra la brutal constatación de la inevitabilidad de la muerte [Bergson]. El maestro es adalid de la verdad, procuramos decir verdades y que sean dichas, lo que enunciamos debe tener la faz de una verdad argumentada, documentada y creída para ser sabida. Pero esta pretensión excesiva reposa en escasos argumentos y abundantes emociones, donde se ponen en juego nuestra autoridad e imagen, por ello ya ni siquiera nosotros mismos creemos en nuestro rol y somos conscientes de tan descomunal engaño.

Símbolo, imaginario, mito y fantasía constituyen un tímido asomo de la montaña de hielo de la sinrazón. Y la apología de esta trinidad no va en detrimento de la necesidad de la razón y de su panegírico, sería imperdonable hacer caso omiso de la razón como un gran hallazgo de la condición humana, no lo seríamos sin ella. Se trata sólo de recuperar lo que ha sido vapuleado por el positivismo y el instrumentalismo a ultranza, de retornar por un equipaje que abandonamos y requerimos en el periplo de una vida que ha perdido su sentido, ha agotado sus recursos y requiere nuevos rumbos.

Sabemos que la verdad no puede plantearse desde el interior del lenguaje en el que son enunciadas sus premisas, es necesario situarse en un metalenguaje desde donde sea posible una perspectiva; de allí la necesidad de un metalenguaje científico para la comunicación práctica y operativa [Garagalza]. Este es el lenguaje en apariencia preferido por la escuela, y por otra parte está el protolenguaje simbólico de la expresión emocional en el que tiene lugar la primera aprehensión e interpretación intersubjetiva y los cimientos de lo real y su significación. Nada de lo humano está al margen del símbolo. En medio del metalenguaje formal de la verdad científica y del protolenguaje no formal del sentido se encuentra el lenguaje natural de la vida común. La ciencia y su metalenguaje se derivan del lenguaje natural pudiendo polisemias, ambivalencias y afectos. A su vez, el lenguaje natural es precedido por el protolenguaje simbólico de donde proceden sus estructuras de significación. El sentido simbólico o figurado de lo fantástico prima sobre el sentido literal o formal de la ciencia, somos primero seres del símbolo que hemos construido conceptos tardíos.

El símbolo se ubica entre lo trascendente y lo inmanente, entre lo inconsciente y lo consciente, lo sensible y lo inefable, de donde extrae una dinámica inagotable de sentido. Es del símbolo la figura sensible y concreta, pero, inabarcable, siempre inadecuada para expresar un sentido que lo desborda. Su interpretación implica pasar del sentido literal de la imagen sensible al ser polisémico simbólicamente interpretado. La imagen simbólica genera haces de significados sin patrones racionales, regidos

por la imaginación creadora de sentido y por la libre inspiración de la que somos depositarios como seres del imaginario; sin fantasía y ritos no seríamos humanos. Por ello nuestra propensión natural a la verticalidad y a la sobrevaloración de las alturas y de los movimientos ascensionales, que reflejan nuestra condición de seres bipedestales y visuales. En la mitología es proverbial la recurrencia de imágenes como la ascensión cristiana, el clímax de la escalera iniciática del culto de Mitra, la escala de Jacob o la escala de abedul del chamán siberiano, como medios para alcanzar el cielo, lugar de la inmortalidad.

Para el maestro se desprende una conclusión que enriquece el universo interpretativo de la producción simbólica en el aula. No hay expresión netamente signíca, alcanzarla sólo es una legítima utopía de la ciencia, toda interpretación es afectada por la carga de un imaginario indómito e inagotable. A la claridad y precisión del signo se opone la oscuridad del símbolo ambiguo y patético. El signo aspira a la verificación, el símbolo vale por sí, no demanda verificaciones, actúa sobre el imaginario y es eficaz, directo y polifacético. En el momento de la interpretación, tanto el signo racionalizado como el imaginario polisémico aportan a la creación del sentido que lleva en sí ambas cargas con las que

construye lo real y el signo. Por ello no necesita interpretaciones el impacto simbólico de la cuerna animal, trofeo en la cabeza del vencedor y el cazador, es imagen abstracta de lo imputrescible, amuleto de inmortalidad y condición para recuperar el espíritu y la fuerza de la bestia vencida.

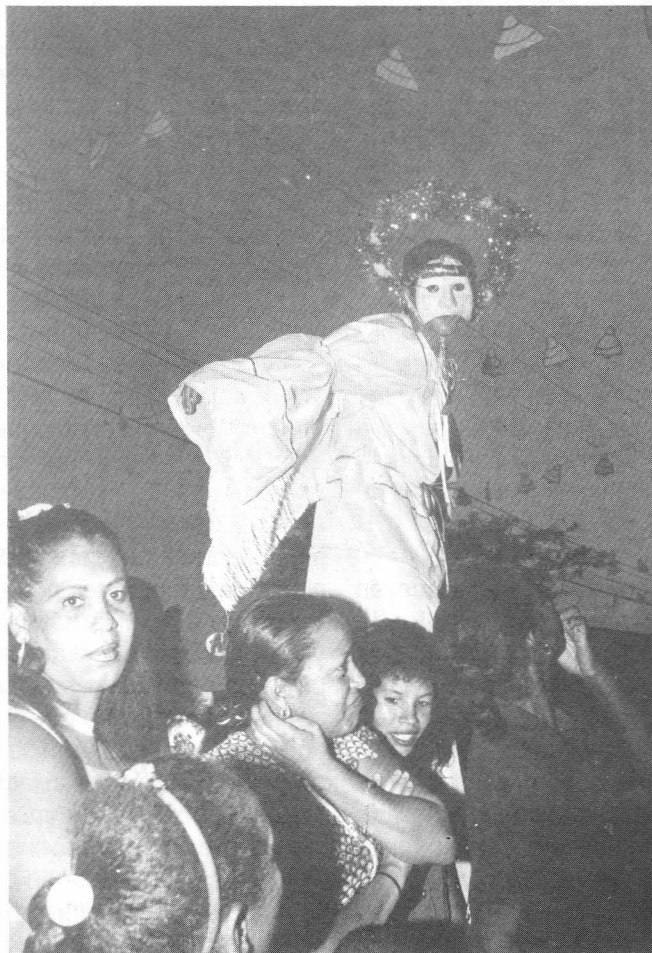


Foto: Gustavo Muñoz

El poder del símbolo radica en que a través de la imagen sensible se vivencia un sentido, se despierta una experiencia antropológica y vital, de la que no es posible dar cuenta, que actúa conmoviendo el espíritu sin agotar una interpretación siempre racionalizada. En el momento de la interpretación de un símbolo, que vale por sí, interviene el imaginario inconsciente que no conoce lógicas, tiempo ni espacio racionales, por medio de los cuales se despliega el sentido, convocando los ecos afectivos removidos desde la dramática y la historia arcaica; al mismo tiempo, inexorable interviene la razón para articular un texto interpretativo en el que están presentes la lógica, el tiempo y el espacio regulados. En el mito, la isla, el lago, la urna y la canasta de Moisés

corresponden al mismo esquema simbólico de lo contenido, de lo vuelto a nacer o regresado a la madre para un renacimiento. Del arca de Noé renace la humanidad, del vientre del caballo de Troya emana la gloria, y el gran pez que devora a Jonás es contenedor contenido por los mares, poniendo en primer plano el tracto

interior humano, trayecto de la libido y lugar de revalorización y transformación de las sustancias y la vida.

Así como el imaginario y su función fabuladora son una reacción de la naturaleza ante el poder disolvente de la razón, luchan contra la constatación de una muerte inevitable, y la imaginación encubre hasta la antífrasis, debilitando la imagen de la muerte y del cambio, de la temporalidad y de la desaparición, con el nombre o el atributo de lo contrario. Entonces, el espeluznante rostro de la muerte y el destino es sustituido por la imagen del dragón vencido en la mítica epopeya de los héroes solares, en la leyenda íntima de la madre naturaleza donde los héroes de la luna conducen a sus hijos al abrigo, o en los relatos del ciclo y del eterno retorno en la resurrección prometida en todo Apocalipsis. La muerte deja de ser lo que parece para convertirse en sueño profundo, en deglución del monstruo marino y un viaje a las cálidas intimidades ventrales, o para convertir la tumba en cuna para el renacimiento. No se trata de un opio alucinante y evasor de los retos de la vida, no es una máscara hipócrita que nos economiza decir lo que sabemos pero no nos atrevemos a decir por respeto, vergüenza o estética; se trata de un poder para mejorar el mundo y la vida, en medio de los dramas y la existencia. Esta realidad

emergente es creada, transforma el mundo de la muerte y de las cosas, e instaura verdades y significaciones a la medida del humano frágil y sencillo.

El imaginario, como un eufemismo, permite una vida sin la angustia de la muerte, no engaña, deja vivir en medio de los dramas, exorciza el mal y el absurdo, ofreciendo esperanza. Sin la función fabuladora y el eufemismo no sería soportable la conciencia de la muerte. Pero, la razón sale al paso, de nuevo constata para nuestra insatisfacción que es necesario aceptar la realidad del cambio y la muerte como un hecho incontrovertible, necesario y racional, en tanto que obedece a leyes naturales; arguye la razón que es preferible no engañarnos y aceptar aquello que se impone con fuerza inevitable. A pesar de que en el eufemismo se inventan mundos posibles o ficticios donde la muerte es vencida, amada o ignorada, es una mentira extramoral que afirma la vida.

El espíritu no acepta morir en ningún sentido, del mismo modo que sólo acepta vivir y se insubordina con el único recurso eficaz, el imaginario que convierte la existencia en una opción viable y la muerte en un evento superable. El inconsciente no conoce límites, no se rige por el principio de realidad sino por el deseo. En él no hay espacios habitables ni tiempos mensurables, sólo energía vital incontenible que



Foto: Gustavo Muñoz

lucha por vencer los obstáculos que la realidad opone a la descarga de las emociones y a su necesidad invencible de realizar sus fines dionisíacos. La fuerza de la vida a la cual la razón opone la conciencia de la muerte, es del imaginario inconsciente.

La razón escueta, la ciencia, el universo de los artefactos vinculan a los humanos con las cosas, pero no entre sí, por el contrario nos separan y nos alienan. Sin embargo, los afectos y emociones, el reino inconsciente de la imagen, nos ligan por la representación afectiva y el drama humano. Es allí donde el humano arcaico y el moderno, el urbanizado y el selvático son idénticos; sus relatos y sueños se rigen por las mismas estructuras, expresiones de un imaginario común. No es la razón el motivo de la solidaridad humana, la posibilidad de comprender se deriva de nuestra naturaleza común arraigada en un inconsciente colectivo compartido, en cuanto hijos de natura, en medio de su expresión más directa: el imaginario lo teofaniza todo, lo convierte en la expresión de algo sagrado, en aparición divina y por ello es imposible, innecesario e inconveniente pretender desacralizarlo todo y de manera definitiva.

Pero el universo del imaginario regido por una paralógica interior, asociada a la historia individual y arcaica, es un asunto y otro su materialización organizada en un relato que da origen al mito del cual se desprenden el cuento, la leyenda y la historia. El mito, como representación simbólica de una dramática cuyo núcleo es la conciencia de la temporalidad, instaura una estructura de significación en la que hunde sus raíces el sentido, sea en el lenguaje natural como en el artístico y en el científico, sea en forma de texto como en la plástica, el gesto o la música.

De este modo, el relato mítico es un intento de conciliación diacrónico de lo que sincrónicamente no puede conciliarse, de los dramas en su carácter contradictorio e irreconciliable. El mito, como expresión simbólica de los dramas, manifiesta lo arcaico como sistema de símbolos y arquetipos que tiende a formar un relato en la lógica de un discurso coherente aunque fantástico. Por tratarse de un discurso coherente y legible, es ya un esbozo de

racionalización y, por ello, es simbolismo degradado para convertirse en objeto de relato, pues los símbolos se expresan en palabras e imágenes y los arquetipos en ideas, de donde aparece la historia, el sistema filosófico, la doctrina religiosa e incluso la concepción científica del mundo.

Las guerras de los dioses, la polémica divina del mito y la crónica fantástica son transcripciones figuradas del encuentro de potencias antagónicas que luchan en la raíz de lo humano; es la proyección imaginaria del drama aparecido con la conciencia de la oposición entre naturaleza y cultura, entre razón y deseo, entre vivir y morir, entre permanencia y cambio, entre tiempo y espacio, en el que el ser es y está. Los seres fantásticos del mito son potencias interiores encontradas, antagonistas y personificadas que protagonizan una historia exterior al tiempo y en un espacio con existencia propia, es una historia más allá del tiempo, en un momento y lugar primordiales que es posible actualizar siempre, en cada instante, en el presente, da sentido a la existencia, explica el pasado y predestina. De la historia de los dioses se deriva la de los hombres, sobre el relato de la pugna entre Apolo y Dionisio se yergue la cultura clásica [Nietzsche]. La lid entre Yurupary y Curán, el hombre y la mujer, los ancianos y el civilizador establecen la polémica heróica en la que construye su cultura el tairana amazónico.

Mientras el pensamiento racional busca la ampliación analítica, la relación y la conexión sistemática entre elementos derivados de la experiencia, expresados en datos elaborados, el mito va en contravía, concentrando la atención afectiva en puntos únicos, en símbolos polisémicos alrededor de ideas y sentimientos sintetizadores y existenciales, en contenidos concretos que atraen de modo hipnótico, quedando cualquier otro contenido o acontecimiento en un segundo plano. De esta intensificación, concentración y condensación que conocen el artista, el espectador y el común, que sufre la experiencia numinosa, es de donde surge la auténtica expresión mítica, la imagen de Dios, la sensación de inmortalidad y trascendencia, la explosión emocional, la

carcajada y el llanto convocados por la impresión afectiva intensa, suscitada por un cortocircuito imaginario. Entonces, la tensión existencial se resuelve objetivándose en excitación subjetiva y aparece la teofanía, la expresión mítica de la divinidad, cual dios en un instante, cual promesa cierta de inmortalidad y superación de la angustia ante el cambio y la muerte.

Somos drama y escenario en medio de ritos contruidos entre imaginario y razón, entre mito y logos, y cada uno debe vivirlo a su manera, y la libertad a la que aludimos es condición para llevar a cabo la interpretación que nuestro drama y escenario exigen como circunstancia necesaria para realizar nuestra naturaleza ambivalente, contradictoria y dramática, yacimiento de gran riqueza intelectual, afectiva y práctica. No hablemos más de vida, démosle la palabra y escuchémosla, atendamos sus deseos y reclamamos irracionales e inmanentes que expresan necesidades realizadas a través de axiologías, valores e imágenes cargadas con afectos. Ahora es posible compensar, en justo equilibrio, el predominio excesivo de la razón varonil sin rienda, acorazada tras una lanza y un escudo que vencen al dragón, construyendo con sus despojos una civilización conceptual sin asomos de afectividad ni solidaridad femeninas. Es hora de abrirle las puertas al héroe nocturno que desarmado, muere y resucita, es devorado y regurgitado, se sacrifica y vence en su intento, retorna como sabio anciano, integra lo superior e inferior, lo estático y lo móvil, lo cambiante y lo perenne, lo horizontal y lo vertical, en una cruz simbólica conmovedora.

Nuestro oficio magisterial es sagrado, tenemos en nuestras manos parte de la responsabilidad por la creación de condiciones para el desarrollo de los procesos formativos de quienes garantizarán la continuidad de nuestra humanidad. Y no es este un propósito sólo racionalizador sino humanizador. El mito es tan necesario como la ciencia, el símbolo tan necesario como el artefacto, son inseparables. El aula ha sido despojada de las manifestaciones imaginarias entendidas en sentido amplio y urge abrir las ventanas para que reingresen hadas y dragones a revolotear entre los espíritus de infantes y



Foto: Gustavo Muñoz

adultos. El niño debería tener la oportunidad de expresar creativa y espontáneamente la angustia, al fin y al cabo está construyendo una existencia en medio de dramas, sobre los cuales paulatinamente elabora una conciencia, con los que construye lo real y el sí. Además, tiene el destino ineludible de transformar para hacerse, este no es un momento casual, optativo o final sino sustantivo, por ello el humano siempre cambia, aunque no lo quiera o se proponga continuar idéntico, jamás permanece igual. También deberá tener la opción de construir sus mitos, aquellos mundos privados de la infancia en donde se refugia el ser, para ser en medio de un ambiente amable y hostil. Mientras tanto, aparecen en su horizonte vital la

aurora esperanzadora de la vida y las tinieblas espesas del tiempo y la muerte. Nuestras escuelas se ufanan de que sus críos aprenden a vivir, pero no aprenden a morir, y crecen lisiados.

Con un imaginario lisiado no es posible construir la imagen racional del mundo, ni la emocional; tampoco es posible construir una imagen racional de sí, ni mucho menos la emocional. Con un imaginario lisiado se construyen lo real y el sí incompletos. En la escuela es proverbial la construcción viciada de lo real, sin percatarnos del daño que hacemos a la cultura y a la humanidad al no permitir el despliegue generoso, exhaustivo y libre de la fantasía. Sin un imaginario alerta no hay posibilidades para el despliegue de las estructuras de representación, el humano permanece dormido en modelos aprendidos no despertados, en modos memorizados no extraídos del yacimiento ancestral y vital de las formas primordiales de representar. Con un imaginario dormido no hay opciones para la inventiva, la creación amplia, la innovación, la chispa intuitiva, ni hay osadía en el ingenio ni ideas novedosas. Con un imaginario agazapado por la fuerza del verbo magisterial, desechamos nuestro principal patrimonio y riqueza, el ingenio humano y sus recursos para la lid contra los ancestrales oponentes: tiempo, devenir y muerte.

Solemos reprender al niño que pasa el tiempo soñando despierto, sin considerarlo aún un problema grave [Rollo], pero un adulto que se comporte de igual modo a menudo es evitado, castigado con el encierro o idolatrado como a un iluminado. El loco, el incomprendido, navega en un mundo imaginario que nos han enseñado a evitar por ominoso o pecaminoso, distractor de los valores civilizados más preciados, la razón y la cordura. Pero inconscientemente reconocemos que en la imaginación irracional se encuentra nuestra salvación, el genio científico y poético, artístico y constructor que nos provee de riqueza, desde un imaginario indómito que no se deja subyugar.

El artista y el creador científico o técnico viven en una tensión generada por sus propias vivencias psicológicas y dramas, hasta el punto en que sus obras se convierten

en forma de consuelo y liberación, de tal modo que ninguno sabe a ciencia cierta lo que intenta conseguir o consigue con el despliegue de sus facultades creadoras y la fuerza fantástica de un imaginario que busca opciones existenciales. Aún así, la diversidad está presente como condición de supervivencia individual y de la especie en la cultura, pues las mismas condiciones para la creación no necesariamente generan las mismas obras, pues el imaginario individual, además de estar signado por la historia arcaica de la humanidad, lo está por la historia particular de un drama irreplicable. Somos creativos, de lo contrario no seríamos, ¿es poco construir lo real y el sí? Nuestros niños son diferentes en su identidad como humanos.

Por ello, a jugar y crear, a imaginar y transformar, no importa mucho el resultado, lo importante es jugar y crear, imaginar y transformar, para ser y estar. La mascota convertida en juguete no es un animal ni pretende serlo, es un símbolo, es lo que creemos que es, lo que deseamos que sea, una proyección de nuestro drama. Igual sucede en la vida adulta, el objeto de la reflexión y acción del trabajo adulto no es lo que suponemos sino lo que inconscientemente creemos que es, lo que deseamos que sea. El mundo construido es simbólico, portador de valores significativos, de sentido de vida y temporalidad. Es un mundo privado, necesario para mantener la cordura socialmente aceptada; nacemos locos y debemos convertirnos en seres cuerdos para cada contexto cultural, pero continuamos siendo locos a pesar de la escuela, la familia y la ley. El recuerdo de aquellas épocas tempranas no puede evadir el placer de la nostálgica, bella y temprana locura, cuando vivíamos en el reino de un imaginario regido por los imperativos de la realidad y por un indómito deseo.